

Mario Crespo López. *Biografía de Marcelino Menéndez Pelayo*. Valencia. Institució Alfons el Magnànim. Diputació de Valencia. 2016.

Acordarse de Menéndez Pelayo, en tiempos de desmemoria y cambio de intereses sociales y culturales, es una buena noticia.

La suerte que ha corrido su figura es la de tantas otras personalidades que en épocas anteriores tuvieron protagonismo político y cultural; ocuparon el espacio público produciendo presencia a veces polémica; y aportaron mucho a la construcción del imaginario nacional; a la forma en que el país es visto y se entiende, gestionando un pasado en el que se construye la tan debatida identidad nacional. Esa suerte ha sido la del olvido, similar a la de otros padres de la patria (no solo españoles) que para la mayoría de las personas no pasan hoy de ser el nombre de una calle. Menéndez Pelayo decía que nada envejece más rápido que un libro de historia; a eso hay que añadir que a nadie se olvida antes que a un erudito -sobre todo si los programas educativos se empeñan en ello-. Sin embargo, él ha tenido cierto recorrido en la memoria nacional gracias a los beligerantes usos políticos y religiosos de que ha sido objeto, en realidad, de los que fue desde su juventud. Usos que tenían que ver, como se sabe, con la idea de la nación española, de la que tenía un sentido diferente del que la Iglesia y los políticos le adjudicaron luego de su muerte para justificar sus propios intereses.

La biografía de Menéndez Pelayo, si se estudiara desde ese punto de vista, es decir, desde su utilidad pública y política, daría muchas sorpresas pero también mostraría de qué forma han cambiado los intereses de la sociedad, hasta qué punto cuestiones que para él y décadas después aún para otros eran centrales, hoy no significan nada, o casi nada. Sin que se quiera decir que este olvido sea positivo.

Pasado el tiempo, resulta difícil captar la personalidad del erudito y el significado de su labor. Y lo es porque pronto se convirtió en un personaje, en un «gran hombre» al que desde muy joven llamaban «Don Marcelino» y al que se veneraba como a un santo o como al representante de un destino político. La persona se recubrió en seguida con el manto del personaje que él y los demás construyeron a base de recuerdos, anécdotas y valoraciones interesadas. Utilizar esta documentación que habla del personaje y no del individuo, o que habla de este como si fuera solo aquel, es siempre peligroso, porque se reproduce y asienta la imagen construida y no la que hay detrás de la careta. Mucho de lo que se tiene sobre él es de ese calibre: recuerdos elaborados para ajustarse al perfil del padre de la patria; del santo laico que era a veces demasiado humano; evocaciones de hechos y de actitudes que amigos y

admiradores sobre todo recuperan pasados los años, testimonios que se amoldan al retrato construido, que contrastan y casan mal con otros proporcionados por contemporáneos e incluso por el mismo Menéndez.

Lo que parece claro es que don Marcelino se fue cansando del personaje en que se había convertido y que sus ambiciones, aunque muy colmadas, no lo fueron del todo, lo que acentuó, además de su hastío, el aislamiento y el retiro que se conoce en sus últimos años. Pero ese desengaño, ese cansancio del personaje, es algo que ocurre a muchos mortales. La pregunta es: ¿por qué la crítica ha destacado tanto ese aspecto, el desengaño, al hablar de él? Su proceso es el de tantos, que, desde una primera época en la que buscan la fama, el protagonismo y el éxito social, lo que significa ser una figura pública y estar expuesto a la crítica, además de pactar con compañías no siempre deseadas, inicia, a partir de un momento, los movimientos de retirada de esa exposición pública para recluirse en los cuarteles de invierno, sin poderlo hacer del modo en que desea porque aquellos que lo encumbraron, y los que no, siguen, unos pidiendo el pago por el trabajo de ascenso, y otros criticando.

Quizá, las biografías que se han escrito sobre él no han hecho suficiente énfasis en un concepto que me parece sirve para explicar muchos de sus procesos psicológicos y sobre todo su progresivo ensimismamiento y retiro. Me refiero al desarraigo. Pronto abandonó la casa familiar para ir a estudiar a Barcelona, luego a Madrid y a Valladolid. Estas salidas primeras seguramente fueron entusiastas y provechosas en la vida de un joven que se emancipa y goza de la libertad que proporciona estar lejos del control paterno, lo mismo que los viajes que hizo por Europa. Pero después se percibe bien esa impresión de desarraigo, de no pertenecer a Madrid, ciudad en la que se instala y con la que tiene una relación ambigua que depende de la forma en que le vayan las cosas y, como cada vez le van peor, la capital cada vez le gusta menos: hasta llegar a ser «la metrópolis de los cursis». Si bien, en sus tiempos de estudiante y aun después, le agradaba. El desarraigo se nota más aún al estar solo ante la enfermedad, lo que en esta biografía se puntea como un continuum que invade el relato de los días del erudito. La enfermedad va alcanzando un protagonismo en la lectura que seguramente es buen reflejo del que hubo de tener en la vida de un Menéndez Pelayo mermado y entorpecido para desarrollar la vida diaria, para moverse y escribir, y para comer, a causa de una dentadura postiza de madera.

Por tanto, no es solo cuestión de diferencias climáticas su deseo de pasar cada vez más tiempo en Santander, es la consecuencia de no pertenecer a la capital y de dejar de compartir los códigos sociales que en ella rigen: deja de acudir a fiestas y tertulias; se agudiza su falta de higiene, que lo aísla más al no

lavarse y oler mal; abandona sus intentos de encontrar esposa. Mientras pasa cada vez más tiempo en su ciudad de nacimiento (con las comprensibles críticas por su absentismo laboral), apenas frecuenta los espacios de la sociabilidad amical y ni siquiera visita la casa de Valera, incluso se marcha de Madrid sin despedirse de él, lo que provoca un intercambio epistolar al respecto que alude precisamente a ese sentirse ajeno. Su desarraigo se muestra en casi todo, pero de forma especial en un hecho determinante como es que nunca tuviera casa propia en Madrid. Además del tiempo como estudiante, vivió desde 1878 en un hotel y luego en las habitaciones de la Academia de la Historia, treinta y cuatro años en residencias prestadas. Todos sus libros y papeles los mandaba a Santander, que era su «lugar» en todos los sentidos. Seguramente tampoco por eso buscó novia en Madrid -una forma de asentarse- a partir de un momento, a pesar de los consejos que le daba Juan Valera. Por otro lado, en este aspecto, Menéndez Pelayo parece seguir la tradición antigua del celibato, propia no solo de los clérigos, sino también de muchos hombres de letras. Su temprano interés por la figura del padre Feijoo, cuya obra completa quiso editar hacia 1879, nos pone en la pista de este derrotero, así como la asunción de una de las declaraciones del padre sobre ser «ciudadano libre de la República de las Letras», es decir, sin compromisos sociales y soltero, dedicado al cultivo de las letras. Fue aserto que aplicó antes a Isaac Cardoso, uno de sus admirados heterodoxos. Su «lugar» estaba en otro sitio, y Madrid era la estación de paso para volver a Cantabria.

En nuestro país todavía se escriben pocas biografías y pocas autobiografías, aunque la práctica aumenta. Consciente de esta carencia y de lo importante que es poseer este tipo de testimonios, don Marcelino le pedía a Valera que compusiera sus memorias, que desde luego habrían sido de lo más interesante que este inteligente autor habría escrito. En su defecto tenemos sus cartas, como tenemos las de Menéndez, aunque es una pena que tras su muerte su hermano quemara aquellas que «no se debían» conservar. Pero todo el mundo tiene derecho a controlar su imagen en la medida en que le es posible, asunto al que su familia prestó mucha atención.

Sobre Marcelino Menéndez Pelayo se escribió mucho, y mucho en tono acrítico, tanto porque no se le leía, como porque se hacían evocaciones cercanas a la hagiografía y al recuerdo elaborado. Los textos biográficos más destacados son el que escribió Enrique Sánchez Reyes, que «institucionaliza» todos los tópicos y anécdotas que mitifican al erudito y consolida la imagen canónica, si bien con algunos matices que solo apunta, y el que en 2012, aprovechando el centenario de su muerte, publicó Manuel Serrano Vélez, con el título de *Menéndez Pelayo, un hombre contra su tiempo*. Intentaba situar al

personaje en la compleja época que le tocó vivir y mostrar la forma en que interrelacionaba con el entorno político, religioso y cultural, con enorme frecuencia a la contra, en lucha por encontrar su espacio ideológico, una vez que inició su alejamiento de los neocatólicos. Ese sintagma «un hombre contra» mostraba su condición de individuo especial, como lo era, enfrentado al mundo, y le servía al biógrafo para mostrar las luces y las sombras de una vida, a la postre frustrada por la ambición y por las malas decisiones, aspecto que destaca Mario Crespo al recordar las reflexiones de Joaquina de la Pezuela, que insistió en ello varias veces. La biografía de Serrano Vélez se acercaba al tipo de biografía intelectual, formato que reconstruye críticamente la época y sirve para destacar la especificidad del biografado al ponerlo en relación con las corrientes ideológicas y con los individuos del momento. Con mucha frecuencia, al tratar sobre don Marcelino, esto no se hace y, por el contrario, se tiende más a forjar un relato emocional que da cuenta de las vicisitudes vitales del héroe, sustanciadas en fracasos, desilusiones y ofensas que se le hacen, pues al tratar de Marcelino se le mira desde la consideración del héroe. Héroe que ya fue en vida.

A estos trabajos se suma ahora el que presenta Mario Crespo López, que ya se ha acercado a la figura de don Marcelino, sobre todo con una *Antología de estudios y discursos literarios* aparecida en 2012. Crespo elige dirigirse a un público mayoritario y, aunque esporádicamente usa otras fuentes, toma como base de su libro el epistolario del biografado, lo que lleva a un tono emocional, desprendido por el recurso a la carta, y en menor medida el material de hemeroteca. Produce así un relato directo, factual, en el que se suceden los testimonios. En este sentido, se puede hablar de una biografía íntima que se interesa menos por situar al protagonista en el entorno intelectual, aunque dibuje los momentos políticos o de controversia. El tipo de material elegido sitúa al protagonista en primer plano siempre. Mario Crespo trabaja como aquellos retratistas que optan por colocar la figura en el centro del cuadro sin nada alrededor, o con los menos elementos posibles que desvíen la atención del observador, para que el observador concentre su mirada en el personaje. Algo parecido a los retratos que Sorolla hizo de contemporáneos y del propio Menéndez Pelayo, que quedó muy satisfecho de la reconstrucción visual ofrecida por el pintor valenciano. Con este método se gana en conocimiento de detalles íntimos, aunque se tiene a veces cierta impresión de que Menéndez Pelayo se mueve en un mundo reducido, a pesar de los muchos con quienes tuvo correspondencia.

La sucesión de datos, fechas, artículos escritos, conferencias impartidas, respuestas a discursos de ingreso en academias, da la imagen de

alguien, en efecto, laborioso, que ha hecho del trabajo su vida. A veces, sin embargo, nos acercamos a conocerlo desde otras perspectivas que lo completan, a saber qué opiniones tenía sobre asuntos no literarios: como cuando en 1902 dirige una carta a su hermano en la que reniega porque están talando árboles en el Retiro de Madrid para poner unas «barracas indecentes» (p. 211); o cuando sabemos de su defensa de la Estación de Biología Marítima de Santander porque es una institución que actualiza la enseñanza rutinaria que se enseña en las universidades y puede ser el origen de una «verdadera Facultad de Ciencias a la moderna» (p. 172), o cuando Joaquina de la Pezuela en 1897 hace una descripción de la sique del personaje, que explica bastante de su paulatino desencanto y alejamiento de los demás, gracias a la atracción que ejerce sobre él el mundo del pensamiento y al aburrimiento que le producen las cuitas de los demás. Joaquina resume: «en cuanto se separa de las personas parece que nunca las conoció, ni se le importa nada de ellas» (p. 190). Crespo López no juzga, expone los testimonios para que lo haga el lector, y esto, desde luego, es un valor.

Uno de los beneficios de utilizar las cartas como cimientó del relato es que podemos extraer la red intelectual en la que se movía Menéndez Pelayo y conocer el lugar no siempre tan central que en ella ocupaba. Su poder no siempre fue tan grande como se ha pensado, según demuestran sus fracasos en diferentes elecciones académicas y en varias intermediaciones para favorecer a otras personas, aunque la cercanía a las altas esferas, la influencia de ciertas aristócratas como la duquesa de Alba, y la reina, le favorecieron como en el nombramiento de la dirección de la Biblioteca Nacional.

Esa red permite también saber sus contactos dentro y fuera de España, la ideología de unos y de otros, así como determinar en qué modo y manera ejerció liderazgo a la hora de apoyar un Hispanismo que se consolidaba por entonces, al animar trabajos de diferentes investigadores en áreas distintas y poner en contacto a unos con otros, de modo que se le puede ver como una figura que construía el edificio de los estudios sobre las cosas de España desde su privilegiado lugar, dada la consideración en que se le tenía. Como su admirado Feijoo, durante mucho tiempo fue el centro de la República del Conocimiento. Este, el de la construcción e institucionalización de los centros de trabajo histórico, es asunto que en la actualidad conoce mucha atención al hilo de las investigaciones que se han hecho sobre el desarrollo de los estudios históricos y de centros como la Junta para la Ampliación de Estudios, del Centro de Estudios Históricos, en los que tuvo participación, y de otros. La imagen que se extrae sobre el estado de la ciencia y la investigación es desoladora: la de unos pocos colaboradores, muchos más en el exterior, que

luchan contra el desinterés por las cosas propias, para luego quejarse de que sean los extranjeros quienes se ocupen de «lo nuestro».

Al mismo tiempo, la utilización del epistolario como fuente principal, junto con el apoyo de la prensa, permite a Mario Crespo enseñar los entresijos de algunas conspiraciones, la verdadera opinión sobre amigos y colegas, las quejas y las dudas. Pero también percibir los cambios en el sentir del personaje sobre asuntos y personas, cosa interesante, pues Marcelino estuvo siempre abierto a matizar y corregir; sus negativas opiniones sobre el krausismo no le impidieron tener buena relación con algunos de sus representantes, ni tampoco con individuos de ideologías y creencias distintas de la suya. Por otro lado, esos cambios de opinión informan sobre la persona, sobre sus giros de pensamiento y sobre su condición acomodaticia. Por ejemplo, el poco aprecio en que tenía a Huntington, el creador de la Hispanic Society of America, por su voracidad compradora del patrimonio cultural español, cambia cuando desde 1904 le llena de distinciones. Lo mismo ocurre con su posición respecto del Ateneo, que en su juventud ve como un nido de impiedad, pero con el que colabora años después muchas veces en sus cátedras, como colaboró con algunos krausistas, según se ha dicho. Igual sucede con las noticias sobre la admiración, el distanciamiento y la recuperación de la amistad con Rafael Altamira -denostado por amigos suyos-, así como con el desplazamiento hacia posiciones menos rígidas, que seguramente le eran más naturales y familiares -de nuevo el desarraigo-, pues al fin y al cabo procedía de una familia liberal, giro que así mismo mencionaron en declaraciones públicas personajes como Picón y «Clarín». Gracias a las epístolas conocemos también su opinión crítica respecto de la política de conmemoraciones seguida por las autoridades en los aniversarios de Colón y Cervantes.

Especial interés revisten, a este respecto, las noticias que se aportan sobre la celebración de Calderón y con motivo del brindis del Retiro en 1881, por cuanto proporcionan una imagen de España y de muchos de sus intelectuales militantemente conservadora y católica. Pero no solo de España: una británica, por ejemplo, le agradece sus palabras y lo considera un santo y un sabio, mientras piensa en seducirlo como «la reina de Saba sedujo a Salomón» (p. 110). Por su parte, Jacinto Verdaguer también aplaude el brindis, que ve como «un reto a la impiedad». Las cartas muestran una intelectualidad catalana hondamente católica y conservadora, mucho más que el mismo Marcelino, a pesar de aquello del «machamartillo» que siempre se le recuerda. Precisamente, uno de los ámbitos que mejor retratado queda en esta pintura de Crespo López es cuanto se refiere a Cataluña, asunto de la mayor importancia (hoy como ayer), tanto por el significado papel que su estancia en aquella región jugó en la

educación del protagonista, como por lo que influyó en su idea de España, como por el cariz que el catalanismo fue tomando en los años en que vivió Marcelino. Resulta iluminador ver cómo participa en juegos florales, cómo intenta que se valore la cultura y la lengua catalanas pero cómo rechaza el sesgo reivindicativo del movimiento y aconseja a sus amigos catalanes que se alejen de ese derrotero.

Muchos más asuntos se presentan en la vida de este amplio personaje y se recuperan en la biografía de Mario Crespo, que ha rescatado la figura de Menéndez Pelayo y la ha puesto de nuevo en primer plano. Una vez más se nos invita a pensar sobre don Marcelino y sobre lo que significa. Su trabajo se completa con una bibliografía sumaria y varios anexos: una cronología del protagonista del libro; una semblanza de su hermano Enrique, el hombre «a quien nunca sucedió nada», y un «breve comentario bibliográfico». El libro apenas tiene erratas, pero pensando en posibles ediciones futuras sí quiero señalar la falta de palabras en varias páginas. Se trata siempre de apellidos: «figuran el beato de Liébana, Bernardino de (¿), Juan de Herrera...» (p. 58); «Los hermanos Pidal hablan con Cánovas y el conde de (¿), ministro de Fomento» (p. 85); «el cuadro de Fernando (¿), *¡Jesús y adentro!*, con que será obsequiado el novelista» (p. 139), sin que se haya explicitado antes que se trata de Fernando Pérez del Camino; «Le han propuesto hace años Pedro (¿), Francisco Asenjo Barbieri y Juan de Dios de la Rada» (p. 207). Otro despiste es: «José Ramón Lomba es quien le lleva en persona el texto en persona a Menéndez Pidal»(213). Evidentemente, son minucias que no disminuyen el valor de una obra que apunta los cambios y las palinodias del que empezó siendo niño prodigio, dotado de evidentes condiciones y capacidades y que acabó, como muchos de esos niños, convertido en una especie de juguete roto que se refugia en su mundo, inadaptado a los cambios.

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS
(CSIC) MADRID